

Solo con un mapa

Luis Pescetti

Ilustraciones de Javier Joaquín



San Jorge

SANTA FE, REPÚBLICA ARGENTINA.

Me llamo Lucio, me gustaría ser más popular en la escuela. Ni siquiera estoy seguro de que se hayan enterado de que estoy en el mismo grado, lo sé porque a mitad de año hice una encuesta: “¿Qué es lo que más te gusta del popular niño Lucio?”. Algunos respondieron que no habían visto la serie, otros se quedaron mirándome, dos estaban seguros de que no había ningún Lucio en nuestra escuela. 9

Deberíamos poder mudarnos a un lugar con más amigos. Mi papá y mi mamá trabajan mucho, pero el dinero no alcanza para irnos de San Jorge. Con eso de que no recibo muchas invitaciones a jugar y que, cuando invito, nunca

pueden, mi papá me deja (que entrene) viajar en su compu. Entro al Maps, busco en la pantalla, se da vuelta todo el mundo de golpe con el mouse, arrastro al hombrecito, lo suelto y aparezco en una calle de...

—¡Mirá, papá!

10 Una ciudad con nieve, que llega a la mitad del cuerpo de las personas, dos chicos llevan enormes barras de hielo en un trineo.

—¿Un día podemos ir ahí?

Viene, mira: Yakutsk, la ciudad más fría del mundo.

—50 grados bajo cero, Lucio.

—No gastaríamos en heladera.

Mi papá tuerce la cabeza hacia un lado sin dejar de mirarme. De acuerdo, sigo buscando en el mapa, iría a... Suelto al hombrecito.

—Papá, vamos a Lae.

—¿Dónde queda?

—Papúa Nueva Guinea.

—¿Temperatura?

Me fijo.

—24 grados, papi. Hoy, día de sol; mañana y pasado, nublado.

—Vamos hoy o vamos el sábado, entonces.

—Sábado es el cumple de Martín, papi, me dijo que a lo mejor me invita...



Un día mi abuelo llegó con la noticia de que había comprado una casa muy vieja y que se la entregaban con todo lo que había adentro. Los anteriores dueños habían muerto hacía tiempo, sus hijos vivían en otros países y no les interesaba viajar para desocuparla. Ahí solo quedaban recuerdos lejanos, ellos ya habían hecho su vida en otra parte. Eso era lo más loco: ¡lo de adentro era gratis!, como si lo regalaran, por eso mi abuelo me ofreció acompañarlo.

Una tarde fuimos a ver la casa.

—Podés elegir lo que quieras, menos cuchillos, tijeras, combustible, explosivos, cohetes, fósforos, dinamita, misiles, lava, rayos láser...

—Abueeeelo...

Pero su chiste me dio la idea de buscar algo para que los chicos en la escuela dijeran “¡Wow!”, y ser más popular.

Había pinzas, martillos. Una máquina de algo, sin enchufe. Un cuarto con botellas del piso hasta el techo, sin abrir. Cajas y cajas repletas de revistas. Una sala con los muebles cubiertos

con telas. Una biblioteca. El abuelo me alcanzó un mapamundi y una brújula.

—Mirá lo que encontré en el dormitorio principal, para vos que te la pasás viajando con el mapa de la compu.

—Uy, pero no se usan más —me disculpé mientras recibía aquel regalo.

—La brújula es de bronce, sentí qué pesada. Solo que falla, no señala el norte.

—¿Puedo buscar otra cosa? —La brújula sí que era pesada.

—Lo que quieras, menos bombas neutrónicas. Llevá todo al dormitorio.

Él seguía feliz con su chiste, así que fui a dejar el mapa y la brújula en su lugar. Pasé por la cocina: en una puerta habían escrito nombres y medidas. Los mismos nombres tenían diferentes marcas. ¿Cómo no les importaba este recuerdo de cuando sus papás anotaban cómo crecían?

Recorrí la casa, tenía que haber algo que hiciera que los chicos dijeran que soy un genio ¡superwow! Entré en cuartos con libros apilados

sobre los colchones de camas de bronce. Armarios repletos de ropa colgada. Sacos con rayitas, corbatas con flores, pantalones. Abrí un cajón: lleno de medias y pañuelos. Lo cerré. La ropa de los últimos dueños, pensé. Otro armario: vestidos, polleras, blusas. Lo cerré. Si llevaba ropa, me convertiría en el más antipopular desde que se fundó la escuela.

Caminé por un pasillo hasta que encontré el dormitorio principal: una cama grande, también de bronce. Sobre el colchón, un cajón de la cómoda que estaba enfrente; adentro tenía papeles, estuches de anteojos. Ahí dejé el mapa. Fui del lado derecho de la cama y abrí el cajoncito de la mesa de luz: una lapicera gorda y pesada y una libreta con anotaciones: parecía la letra de una mujer. Además, en el cajón había anillos, una caja con aros. Ese lado de la cama debía ser el de la señora. Hojeé la libreta, llena de notas de viajes:

Viernes 3. Medellín: comimos un ajiaco delicioso, la gente habla con un cantito muy dulce.



Otra página: *Sábado 4. Atenas, mercado: tachos llenos de aceitunas, nos dieron para probar, compramos de las que eran alimonadas, exquisitas.* Un momento, ¿cómo que viernes 3, sábado 4? Y había más: *Domingo 5. París: Gare de Lyon, 20 minutos hasta la librería Chantelivre, Martes 7. La Coruña, el faro romano y caminar hasta O'Fiuza. Miércoles 8. Sr. Hernández en Tokio.* ¡Sí que viajaban estas personas! Pero era imposible ir de un lugar a otro, a menos que fueran fechas de distintos meses o años.

Con la libreta en mano, fui al otro lado de la cama, el que debía ser del marido, abrí el cajoncito: un paquete de cigarrillos. ¿Fumaba en la cama? Ahí dejé la brújula; pero al hacerlo noté que la aguja se había movido.

—Sí funciona, abuelo, señala el norte.

Levanté la vista y no: el norte quedaba para el otro lado; sin embargo, se había movido. Señalaba hacia el cajón de la cómoda. Tuve una intuición, busqué el mapa y lo dejé en otro rincón del cuarto. Volví y, en efecto, la aguja apuntaba ahora en esa dirección. ¿Una prueba más? Apoyé

la brújula encima de la cómoda, tomé el mapa y empecé a caminar dando vueltas. ¡La aguja me seguía! Entonces entendí: la brújula no funcionaba mal, la aguja apuntaba siempre hacia el mapa.

Comencé a desdoblarlo; era viejísimo, muy bien cuidado, lleno de colores. No tenía zoom, ni el hombrecito naranja; no se veían casas ni personas como en la compu. Igual me gustó, medía un metro por un metro. Si lo doblaba bien, podía meterlo en un bolsillo.

Hice un pliegue y fue raro, sentí una especie de mareo, las cosas se movieron un poco a mi alrededor. La casa abandonada, el polvo, pensé: hay que abrir ventanas, falta aire. Escuchaba abajo al abuelo, revisando cajas. Abrí una persiana que daba al patio, volví al cajoncito en la cama, tomé el mapa y, ¡de nuevo!, como si el piso se desplazara, solté el mapa y me senté en un sillón, respiré, todo bien. ¿Lo estaba abriendo muy rápido? Volví a tomarlo e intenté doblarlo lentamente, y ahí mi sorpresa fue total.